



## ¿Adiós divino tesoro?

***Alguien decía que se puede escribir sobre una piedra y hacer una cosa fascinante siempre que el que escriba se llame Kafka.***

***Julio Cortázar***

Ya sabemos que las mujeres y hombres geniales pueden escribir sobre lo que quieran, su virtud consiste en hacernos pensar, en hacernos vivir esas realidades, su mundo no sólo es una copia o simil de la realidad, tienen las palabras para pintar otros mundos paralelos, otros mundos posibles.

La juventud como divino tesoro, escriben algunos, ya dejó de ser, porque la juventud, esa condición de tener edad temprana, del ser joven para adueñarse del futuro está siendo castigado por el mundo del trabajo, por la arrogancia de los adultos, por el mundo de las exclusiones, un mundo laboral que exige experiencia y a los que tienen experiencia les dicen que les falta juventud, ¡vaya paradoja!

El elixir de la vida, de la eterna juventud, la urgencia de mantenernos jóvenes, seductores, inteligentes y vigentes no es un sueño nuevo, pero es en estas épocas donde mejor se ha expresado; al viejo se le aísla, por ello, el viejo y la vieja que visten como adolescentes que, incluso, quieren pensar como tal. ¡Avances de la insignificancia!

La educación era otro divino tesoro que ya deja de serlo, un ideal muy propio del primer cuarto del siglo XX, no parece representar lo mismo cien años después. Jóvenes bien formados, con altos diplomas universitarios sin opción laboral. Jóvenes preparados para buscar empleo en un mundo que ya no vive del paradigma del pleno empleo.

La paz como divino tesoro, cada vez, menos viable, cada vez, menos creíble, no emerge como un mandato humano; guerras por doquier, nacimiento de grupos extremistas o extremismos de algunos gobernantes nos hacen ver que ese tesoro de la paz es inviable, que ni a tesoro alcanza; para un alto número de poderosos la expresión hay que mutarla “guerra divino tesoro”.

El progreso como divino tesoro dejó de serlo, nadie cree en las ventas del progreso humano, la flecha de la ciencia, de la tecnología y de la economía de llevarnos aun estadio mejor de la humanidad ya no es creíble, ni siquiera negociable; esos lenguajes putrefactos los hemos denunciado, pero no hemos logrado deconstruirlos.

La verdad como divino tesoro no tiene mucho sentido en este siglo XXI donde hablamos de verdades locales, de pequeñas certidumbres, por suerte, ya no queremos aceptar la verdad en universal e inamovible. Ese divino tesoro de la verdad es un cadáver insepulto, pero también sabemos que los humanos nos encartamos con los muertos, los cargamos por milenios.

La ética como divino tesoro, que tanto han buscado los intelectuales o la moral que sueñan las religiones, se encuentran en urgencia vital, sus lenguajes son tan pobres como potentes son los de la corrupción. Los grandes discursos



del ser humano bondadoso y extendido al prójimo han de leerse desde otros renglones, desde otros poderes, desde otros intereses estrábicos.

Los divinos tesoros que buscaron los colonizadores del siglo XV se acercan a los nuestros, están en algún lugar, pero no parecen estar en nuestras conciencias de sujetos erguidos. ¿Seguimos buscando tesoros con lenguajes extraviados?

No podemos seguir vendiendo los males, despidiendo los tesoros ni atesorando miedos para vender los seguros, diccionarios del mercado, que no responden por nada.

El divino tesoro que nos acompaña son los lenguajes, ese mundo que podemos pintar con palabras, ese mundo posible de las lenguas con que podremos darle una vuelta de tuerca a la realidad fastidiosa de este siglo XXI tan acomodado en las farándulas, en la sociedad del espectáculo, de las pantallas, de la ultra información, de la hiperrealidad.

En la presente edición no estamos de acuerdo en que no tenemos esperanzas, que ya no hay opciones, lo dicen nuestros articulistas, investigadores de diversas partes del mundo donde nos hacen ver que el mundo es accionable de muchas maneras y que por confundidos que nos encontremos siempre hallaremos puertas abiertas, siempre podremos intentar opciones.

A veces pienso que nuestros investigadores tienen la genialidad que escribe Cortázar sobre Kafka, estos textos no versan sobre la inmóvil piedra sino sobre el magma humano que es tan complejo de explicar, que es tan complejo de emprender y así las cosas, a alguien que poco sabe sobre clasificaciones, pero que tiene respuestas prontas para todo, se le ocurrió decir que pertenecemos a las ciencias blandas. Blandos serán esos lenguajes descalificadores.

Blando puede ser escribir sobre lo duro y rocoso, sobre lo inmóvil, sobre constantes, blando será identificarse con fórmulas y leyes con invariantes, pero jamás será blando investigar y adentrarse por los rigores humanos cuando el sujeto se encuentra afectado e insertado en el proceso.

**MIGUEL ALBERTO GONZÁLEZ GONZÁLEZ**  
**DIRECTOR REVISTA**